



RECTORÍA
SAN
PELAYO
MÁRTIR
HOJA DOMINICAL

XXVIII DOMINGO ORDINARIO

Ciclo "A" No.48 11 de octubre de 2026.



1. ANTÍFONA DE ENTRADA

Cfr. Sal 129, 3-4

Si conservaras el recuerdo de nuestras faltas,
Señor, ¿quién podría resistir?

Pero tú, Dios de Israel, eres Dios de perdón.

-- SE DICE GLORIA--

2. ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que tu gracia continuamente nos disponga y nos acompañe, de manera que estemos siempre dispuestos a obrar el bien.

Por nuestro Señor Jesucristo.

3. MONICIÓN

La Palabra de Dios nos consuela al hacernos saber que Dios nos prepara un banquete a donde todos estarán invitados, escuchemos con atención al profeta Isaías.

4. PRIMERA LECTURA

El Señor preparará un banquete y enjugará las lágrimas de todos los rostros.

Lectura del libro del profeta Isaías 25, 6-10

En aquel día, el Señor del universo preparará sobre este monte un festín con platillos succulentos para todos los pueblos; un banquete con vinos exquisitos y manjares sustanciosos.

El arrancará en este monte el velo que cubre el rostro de todos los pueblos, el paño que oscurece a todas las naciones.

Destruirá la muerte para siempre; el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y borraré de toda la tierra la afrenta de su pueblo.

Así lo ha dicho el Señor.

En aquel día se dirá: "Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara. Alegrémonos y gocemos con la salvación que nos trae, porque la mano del Señor reposará en este monte".

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

5. SALMO RESPONSORIAL Del salmo 22

R/. Habitaré en la casa del Señor toda la vida.

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas.

R/. Habitaré en la casa del Señor toda la vida.

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo.

Tu vara y tu cayado me dan seguridad.

R/. Habitaré en la casa del Señor toda la vida.

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes.

R/. Habitaré en la casa del Señor toda la vida.

6. MONICIÓN

La Palabra de Dios nos enseña que nuestra fortaleza solo puede ser en Dios, escuchemos la enseñanza del apóstol san Pablo.

7. SEGUNDA LECTURA

Todo lo puedo unido a aquel que me da fuerza

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los filipenses

4, 12-14. 19-20

Hermanos: Yo sé lo que es vivir en pobreza y también lo que es tener de sobra. Estoy acostumbrado a todo: lo mismo a comer bien que a pasar hambre; lo mismo a la abundancia que a la escasez. Todo lo puedo unido a aquel que me da fuerza. Sin embargo, han hecho ustedes bien en socorrerme cuando me vi en dificultades.

Mi Dios, por su parte, con su infinita riqueza, remediará con esplendidez todas las necesidades de ustedes, por medio de Cristo Jesús. Gloria a Dios, nuestro Padre, por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

8. ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

Cfr. Ef 1, 17-18

R/. Aleluya, aleluya.

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo ilumine nuestras mentes, para que podamos comprender cuál es la esperanza que nos da su llamamiento.

R/. Aleluya, aleluya.

9. MONICIÓN

La Palabra de Dios nos invita a participar en un banquete de bodas, que es el reino de los cielos, escuchemos la enseñanza de Mateo.

10. EVANGELIO

Conviden al banquete de bodas a todos los que encuentren

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 22, 1-14

En aquel tiempo, volvió Jesús a hablar en parábolas a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo, diciendo: "El Reino de los cielos es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo. Mandó a sus criados que llamaran a los invitados, pero éstos no quisieron ir.

Envió de nuevo a otros criados que les dijeran: 'Tengo preparado el banquete; he hecho matar mis terneras y los otros animales gordos; todo está listo. Vengan a la boda'. Pero los invitados no hicieron caso. Uno se fue a su campo, otro a su negocio y los demás se les echaron encima a los criados, los insultaron y los mataron.

Entonces el rey se llenó de cólera y mandó sus tropas, que dieron muerte a aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad.

Luego les dijo a sus criados: 'La boda está preparada; pero los que habían sido invitados no fueron dignos. Salgan, pues, a los cruces de los caminos y conviden al banquete de bodas a todos los que encuentren'. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala del banquete se llenó de convidados.

Cuando el rey entró a saludar a los convidados, vio entre ellos a un hombre que no iba vestido con traje de fiesta y le preguntó: 'Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?'. Aquel hombre se quedó callado. Entonces el rey dijo a los criados: 'Átenlo de pies y manos y arrójenlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y la desesperación'. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos. **Palabra del Señor.**

R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

11. PROFESIÓN DE FE (CREDO)

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios Verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. **Amén.**

12. PLEGARIA UNIVERSAL

Sacerdote: **Alegrémonos en el Señor, de quien viene todo don, digámosle:**

R./ Escucha, Señor, nuestra oración.

* Padre y Señor de todos, que enviaste a tu Hijo al mundo para que tu nombre fuese glorificado, desde donde sale el sol hasta el ocaso, fortalece el testimonio de tu Iglesia entre los pueblo. Oremos al Señor.

R./ Escucha, Señor, nuestra oración.

* Haznos dóciles a la predicación de los apóstoles, y sumisos a la verdad de nuestra fe. Oremos al Señor. **R./ Escucha, Señor, nuestra oración.**

* Tú que amas a los justos, haz justicia a los oprimidos. Oremos al Señor.

R./ Escucha, Señor, nuestra oración.

* Libera a los cautivos, abre los ojos a los ciegos, endereza a los que ya se doblan, guarda a los peregrinos. Oremos al Señor.

R./ Escucha, Señor, nuestra oración.

Se pueden añadir algunas intenciones libres

Sacerdote: Te pedimos, Señor, que tu gracia continuamente nos preceda y acompañe, de manera que estemos dispuestos a obrar siempre el bien. **Por Jesucristo, nuestro Señor.**

13. ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las súplicas de tus fieles junto con estas ofrendas que te presentamos, para que, lo que celebramos con devoción, nos lleve a alcanzar la gloria del cielo. **Por Jesucristo, nuestro Señor.**

14. ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN 1Jn 3, 2

Cuando el Señor se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

15. ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, suplicamos a tu majestad que así como nos nutres con el sagrado alimento del Cuerpo y de la Sangre de tu Hijo, nos hagas participar de tu naturaleza divina.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

1. Is 25, 6-10: El banquete celestial

El profeta Isaías al igual que otros profetas tendrá que advertir al pueblo de Israel que serán llevados a una tierra lejana, pero también darán la esperanza de que regresarán.

El texto que hoy encontramos en la primera lectura es un ejemplo maravilloso de esa esperanza, es decir, hablar que Yahveh, el Señor del universo prepara para todos un gran festín es un mensaje de esperanza muy grande.

Yahveh hará desaparecer las lágrimas, el luto y la tristeza de todos los hombres ya que quitará de sus ojos lo que les impide ver las realidades divinas.

Ya no volverán a haber luto pues la muerte será destruida.

El apóstol san Pablo se servirá de esta profecía para probar la resurrección de los muertos y la futura victoria de Cristo sobre el “último enemigo” a vencer (1Cor 16, 26. 54)

Esta imagen del gran banquete será recordada constantemente por los profetas y Cristo la pondrá continuamente en las parábolas del Reino.

La última cena será la realidad que inicie ese banquete celestial, ya que es la promesa hecha realidad.

2. Filp 4, 12-14: Todo lo puedo en aquel que me conforta.

Por el texto de hoy sabemos que la comunidad de los filipenses ayudaba a las necesidades del Apóstol, pero no sabemos el por qué lo dejó de ayudar.

El apóstol reconoce esa buena voluntad y les agradece.

Ahora bien el motivo de alegría no era por salir de la pobreza, pues como él mismo lo dice “Se vivir en pobreza y sé vivir en la abundancia”.

Es decir, él no se enreda en las apariencias de la pobreza, sino que busca lograr sus metas.

Su fortaleza para lograr su misión no se basa en hacerlo en pobreza sino con la fuerza que viene de Dios.

El apóstol sabiendo que su carta sería leída en la eucaristía celebrada por la comunidad de Filipos se termina con una solemne doxología.

Un evangelizador tiene que ser fundamentalmente pobre pero no puede hacer de su pobreza un absoluto ya que solo Dios es absoluto.

“Todo lo puedo unido a aquel que me da fuerza”.

3. Mt 22, 1-14: Invitación al reino de los cielos.

La parábola nos presenta la actitud negativa frente al reino. Una actitud de soberbia en donde Aquellos piensan que pueden ser justos por cumplir la ley.

Tanto Mateo como Lucas narran sustancialmente la misma parábola con la diferencia de que Mateo la interpreta y la adapta a sus lectores inmediatos.

Así comienza la narración con un rey que prepara un banquete para la boda de su Hijo. Lo cual es fácilmente deducir que está diciendo: Dios envía a su Hijo.

La invitación a la boda fue hecha por los profetas pero ellos rechazaron dicha invitación.

Entonces surge la gran interrogante ¿Y Dios no iba a hacer nada ante tal desprecio? La respuesta es clara “Salgan a los cruces y caminos y conviden al banquete bodas a todos los que encuentren”.

Es decir, al rechazar la invitación de Dios, este fue el pretexto para invitar a todos. Pero surge una consigna que ninguno de los invitados que fueron invitados primero participará en el banquete.

Finalmente, el rey entró a saludar a los convidados y encontró a uno que no llevaba traje de fiesta, entre las costumbres judías no hay mención alguna a un traje especial.

Esto viene a concluir la enseñanza de la parábola, nadie podrá participar en el banquete del reino de Dios por esfuerzo propio, siempre se necesita la gracia que viene de Dios.

Los fariseos, los sumos sacerdotes, los ancianos y otros grupos que dirigían al pueblo de Israel pensaban que por conocer y vivir de acuerdo a la ley, Dios ya les debía el cielo.

Esta parábola desdice ese pensamiento, todo es gratuidad de Dios, él es quien nos invita y nosotros libremente decimos si aceptamos o no esa invitación.

Pero aún el simple hecho de aceptar esa invitación no significa que podamos ya participar, se necesita un traje especial que es la gracia santificante venida de Dios.

Quien no asiste con este traje queda excluido del banquete: “Átenlo de pies y manos y arrójenlo a las tinieblas. Allí será el llanto y la desesperación”.

Pbro. Dr. Francisco González Soriano



BIBLIA

Para Todos

El domingo anterior iniciamos el conocimiento del misterio de Nuestro Señor, hoy demos un paso adelante viendo lo que él nos vino a revelar.

1. Texto bíblico

Mt 8³¹ Jesús comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que le matarían y que resucitaría a los tres días. ³²Hablaba de esto abiertamente. Pedro se lo llevó aparte y se puso a reprenderle. ³³Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: «¡Quítate de mi vista, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.»

Introducción

“Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por el ministerio de los profetas; últimamente, en estos días nos habló por medio de su Hijo” (Hb 1, 1-2).

Cuando Jesús de Nazaret es interrogado por los enviados del bautista sobre su persona:

“¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?”, Jesús responde: “Vayan y digan a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (Mt 11, 2-59).

Esta respuesta sugiere que para poder responder plenamente a la pregunta que Él plantea a sus discípulos y a las gentes de todos los tiempos:

¿Quién dicen ustedes que soy yo?, se necesita conocer también lo que Él realiza.

Y nos señala la importancia que su vida terrena y su persona tuvieron para la humanidad y siguen teniendo para nosotros hoy.

Dios se ha revelado como EL QUE ES; se ha dado a conocer como Verdad y Amor (Catecismo de la Iglesia Católica 231).

El misterio central de la fe y de la vida cristiana es el misterio de la Santísima Trinidad.

Sólo Dios nos lo puede dar a conocer revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo. (CIC 261).

Conocemos este misterio por las palabras de Jesús, por la Encarnación del Hijo de Dios y el envío del Espíritu Santo.

La fe católica consiste en venerar un sólo Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, sin confundir las personas, ni separar las substancias; porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo una es la divinidad, igual la gloria, coeterna la majestad.

Las tres personas divinas, inseparables en su ser, son también inseparables en su actividad (CIC 266-267).

El misterio de la Trinidad se revela en el rostro de Cristo, no como una doctrina destinada a un conocimiento intelectual, sino como la buena nueva de que Dios ha realizado sus promesas de salvación.

Por eso, a partir de la resurrección del Crucificado, se trazan dos líneas de continuidad:

- a) Con la fe de los padres, a quienes Yavé salvó y sacó de Egipto.
- b) Con el misterio de la persona de Jesús de Nazaret, el crucificado—resucitado.

Así, al tratar de recorrer los orígenes de la fe trinitaria, no se trata de hacer un simple recorrido de citas por el Nuevo testamento para probar un dato conocido de antemano, sino de buscar en las afirmaciones creyentes de la comunidad apostólica el paso de la fe veterotestamentaria a la fe trinitaria proclamada por los primeros concilios.

Es desde esta fe en el Dios de los padres, el que se reveló a Moisés en el Sinaí y sacó a su pueblo de Egipto, el que hizo alianza con su pueblo y se mostró como un padre amoroso con Él, prometiéndole un futuro de plenitud, como Pedro y los discípulos, bajo la luz del Espíritu, tratan de comprender el misterio y el papel salvífico del Resucitado.

“El misterio de la Trinidad no es una doctrina destinada a resolver una ecuación para manifestar que Dios es un tres igual a uno, sino una buena nueva: la vida misma de Dios que es comunión, se ofrece a los hombres y puede dar sentido a su existencia”.

Y lo que la reflexión creyente de la primitiva comunidad descubre es la continuidad profunda que une el misterio de Jesús con el misterio de Dios.

2. La fe en el resucitado

En el corazón de las confesiones de fe de la Iglesia primitiva se coloca la proclamación de la resurrección de Jesús.

Este anuncio es el núcleo de la predicación apostólica, en la resurrección, Dios se coloca de parte del crucificado, al que resucita con la fuerza de su Espíritu.

Así, Yavé ha intervenido salvíficamente al resucitar a Jesús.

Por este hecho, comienzan los tiempos mesiánicos y el mundo esta admitido definitivamente a la salvación ofrecida por Dios.

La fe en Jesús resucitado se convierte así en algo inseparable de la fe en el Dios de la alianza.

La resurrección de Jesús es la plenitud de la alianza, de este modo, la resurrección de Cristo aparece como el cumplimiento de las promesas de Dios; es la culminación de los indicios proféticos y de la esperanza de Israel.

Pero, al mismo tiempo, **es el comienzo de algo nuevo: es la época o el tiempo del Espíritu** (Jr 31).

La comunidad primitiva se agrupa en torno a esta confesión de fe.

El Espíritu de Dios que se manifiesta en ella es la garantía de una nueva situación en la que la salvación se ofrece a todos.

En Jesús se cumplieron la revelación y el designio salvífico de Dios; en la Pascua, los últimos tiempos comienzan y ha sonado la hora del juicio universal.

Dios es revelado por Jesucristo. Pero, ¿Quién es este hombre? ¿Quién es Jesús?

La necesidad de responder a esta pregunta para comprender el misterio de la persona de Jesús hace que la reflexión de la primitiva comunidad se convierta en cristología.

Y esto es necesario para descubrir el misterio de la persona de Jesús.

Porque la resurrección de Jesús es el cumplimiento del Antiguo Testamento, los discípulos van a meditar la Escritura para encontrar en ella el comienzo y el plan de lo que ahora ven realizado.

Van a releer la vida de Jesús para encontrar en ella las afirmaciones de su fe (evangelios).

Y profundizarán en la vida que ahora poseen y que es fruto del Espíritu que les ha sido dado.

“Cuidemos, por otra parte, de separar estos tres aspectos que dan cuenta de una fe única, la fe en Dios que cumple sus designios en una comunidad animada por el Espíritu Santo gracias a la resurrección de Jesús”.

Surge así un camino para comprender el misterio de Dios revelado por Jesús, el Hijo. Y así es preciso dar tres pasos:

1 Manifestar la continuidad profunda que une el misterio de la persona de Jesús y su manifestación Salvífica con el misterio de la Trinidad.

2 Unir el misterio de la salvación del hombre con el misterio de la vida de Dios: Redención, divinización, comunión.

3 Buscar en las afirmaciones creyentes del Nuevo Testamento el paso de la fe veterotestamentaria a la fe trinitaria proclamada por el credo primitivo de la Iglesia y las afirmaciones de los primeros concilios.

3. Jesús revela la vida íntima de Dios

Jesús mantiene y reafirma la vida de Dios que manifiesta en Antiguo Testamento.

Reconoce a Dios como el Señor del cielo y tierra (Mt 11, 25), el Dios que interviene en la historia (Mc 12, 26; Mt 8, 11), un Dios celoso y juez a quien hay que servir y amar con todo el corazón.

No se puede contraponer, el Dios del Antiguo Testamento al Dios del Nuevo.

Jesús no viene a abrogar la ley ni los profetas, viene a cumplirlos, a perfeccionarlos.

Junto al Dios único del Antiguo Testamento, que podía dar la impresión de un Dios solitario, Jesús revela a un Dios que es comunión personal de amor.

Jesús revela su relación con Dios como Padre

Existe dentro de Dios mismo una intercomunicación vital de persona a persona, que se define como una intercomunicación de Padre a Hijo.

El Hijo se refiere al Padre como la expresión misma de su hablar, como su verbo, su palabra.

El Padre se dice y se expresa como persona en el Verbo.

El Padre y el Hijo realizan una perfecta comunicación vital entre ellos: nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo.

4. Dios no es sólo la compañía de dos

Junto a ellos y al mismo nivel, uno con ellos, pero distinto, Jesús revela la existencia de un tercero, el Espíritu del Padre y del Hijo.

El Espíritu interviene de una manera constante en la vida de Jesús: realiza su encarnación, le consagra con su presencia en el bautismo para la misión que el Padre le confía (Lc 3, 22; 4, 18).

Se promete a los apóstoles como el Espíritu del Padre (Mt 10, 20; Hch 1, 5-8) y es, al mismo tiempo, el Espíritu del Hijo (Jn 7, 37), el que lleva a los apóstoles a la penetración de la palabra de Jesús (Jn 14, 26; 16, 12-15).

Este Espíritu se manifiesta, después de la resurrección, actuando en la vida de la Iglesia, realizando: la santificación (1Co 6, 11), la participación en la filiación divina de Jesús (Ga 4, 4-6; Rm 8, 14-17).

Él dirige la Iglesia en todas circunstancias de la vida (Hch 13, 4; 15, 28; Rm 8, 26-28).

El Espíritu es igual al Padre y al Hijo, como lo sugieren las veces que es nombrado junto a ellos y al mismo nivel (Mt 28, 19; 2Co 13, 13).

Jesús nos revela, pues, no a un Dios solitario, sino en comunión vital de conocimiento (el Hijo) y de amor (el Espíritu Santo).

Hay compañía en Dios. Hay mutua comunicación. Y hay comunicación también con el hombre a quien el Padre envía al Hijo, y el Padre y el Hijo envían al Espíritu.

Esta revelación de la intercomunicación divina es la revelación del amor: Dios es entrega en plenitud, Dios es amor (1Jn 4, 8, 17).

El modo de ese amor lo revela Jesús mediante las parábolas, con las que da a entender la delicadeza y finura del cariño que el Padre tiene por los hombres, especialmente por los pecadores, a quienes perdona, de quienes está cercano, de quienes se compadece, a quienes espera para abrazarlos después de su separación (Lc 18).

La máxima revelación del amor de Dios es el envío de Jesús

A tanto ha llegado el amor de Dios a los hombres que no ha perdonado a su propio y amado Hijo sino que lo ha entregado por nosotros, para nuestra salvación:

“Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito” (Jn 3, 14). “El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios mandó al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él. En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados” (1Jn 4, 9-10).

Jesús manifiesta su propio amor a los hombres al entregarse a la muerte por ellos, pues nadie tiene más amor que el que da su vida por sus amigos (Jn 5, 13; 13, 1); amor que se identifica en un sólo movimiento con el amor mismo del Padre (Jn 17, 23-26; 15, 9), y que llega a la maravilla de crear una especie de interpenetración mutua entre Jesús y sus amigos, a quienes se entrega como alimento (Jn 6), y con quienes forma una unidad íntima e inseparable (Jn 17).

Las exigencias de la nueva alianza son más profundas, que las de la antigua (Mt 5, 28); la ley se halla ahora escrita dentro del corazón.

Esta escritura en el corazón lleva al hombre al conocimiento de Dios, que es al propio tiempo entrega (Jn 14, 16-17; 16, 13-15), le inserta en la vida divina.

La ley cristiana es el mismo amor de Dios, su mismo Espíritu derramado en el corazón del creyente.

El Espíritu es la luz que ilumina, atracción que sugiere, fuego que vivifica, aliento que estimula, cariño que espolea.

Decir que el espíritu es la ley cristiana y que está en su esencia es el amor, quiere decir, haber simplificado las prescripciones de la ley:

Toda la ley se reduce al AMOR, es decir toda la exigencia que el amor de Dios manifestado en Cristo pone en nuestros corazones es una exigencia de respuesta al amor con el amor, la única que se adecúa.

Este amor se dirige en primer lugar a Dios mismo, en su trinidad de persona: Amor al Padre, por el Hijo, en el Espíritu.

Jesús de Nazaret les revela el misterio del hombre, de este ser con ansias de absoluto y limitado, Jesús actúa, en sus relaciones con los hombres, con una libertad que escandaliza.

El evangelio subraya el aprecio e interés de Jesús por los niños, a quienes bendice y acaricia (Mc 10, 13-16).

Se deja servir por algunas mujeres (Lc 8, 1-13), y entabla diálogo con ellas, con sorpresa de sus mismos discípulos (Jn 4, 1-27).

No rehuye el contacto con los gentiles (Mc 7, 25-30), ni con los odiados samaritanos (Jn 4). Come con los publicanos (Lc 15, 1-10), y atiende hasta los militares romanos, símbolo de la opresión de su propio pueblo (Mt 8, 5-13).

No puede disimular que sus preferencias van hacia los pobres y necesitados, tampoco rechaza las invitaciones que le vienen de parte de los ricos e influyentes (Mc 2, 13-18; Lc 7, 36-50; 19, 1-10).

Entre todos los hombres, son los pecadores los que más atraen la atención de Jesús, aunque se traten de pecadores publicanos aunque con ello se atraiga el recelo y la murmuración de parte de los piadosos del tiempo (Mc 2, 12-17; Lc 7, 36-50), como si para Él fuesen ellos la parte más oprimida de la humanidad y por tanto la más necesitada de salvación (Mt 9, 12; Lc 5, 31).

5. Sentido revelador de estos hechos

Jesús conoce y reafirma la superioridad del hombre sobre los seres que lo rodean (Mt 10, 29-31).

Es más importante que los bienes materiales (Lc 12, 16-21), se haya sobre las prescripciones de la ley, ya que estas están a su servicio (Mc 2, 23-28; 7, 1-23).

La conducta de Jesús para con los hombres de su tiempo indica y revela la igualdad radical de los hombres entre sí.

La conducta de Jesús, en efecto, rompe y supera todas las barreras que se habían establecido entre ellos, incluso dentro del pueblo de Dios.

Caen las barreras económicas: Si se quiere, en sentido preferencial para los pobres y necesitados, pero esta preferencia de Jesús no significa, repulsa o menosprecio de los demás, o anuncio de la salvación para una sola clase.

Todos los hombres necesitan ser salvados. Los pobres están más cerca de la salvación. Los ricos están más necesitados de ella.

Caen las barreras sociales: La mujer posee la misma dignidad que el varón, el niño la misma que el adulto.

No hay sexo ni edad privilegiada para la entrada o pertenencia al reino de Dios, existen actitudes privilegiadas y estas son las que se manifiestan en los niños.

Caen sobre todo las barreras religiosas: Los paganos son objeto de la salvación lo mismo que los judíos, los pecadores tanto como los justos.

Los únicos que están en peligro de perdición son quienes se creen ya así mismos salvados, por su falta de apertura y aceptación del salvador y de la salvación.

Todo hombre, cualquiera que sea su condición o su posición es digno del amor de Dios y la compasión de Jesús.

El pecado es realidad ineludible en la vida de los hombres

“El que de ustedes esté sin pecado arroje la primera piedra. Ellos que lo oyeron, fueron saliéndose uno a uno, comenzando por los ancianos” (Jn 8, 7-9).

Las opresiones que los hombres sienten sobre sí se reducen a esta:

“en verdad, en verdad les digo que todo el que comete pecado es esclavo del pecado” (Jn 8, 34).

Jesús ha venido para librar a los hombres de esta opresión.

“Sí, pues, el Hijo los libera, serán verdaderamente libres” (Jn 8, 36).

Liberados los hombres por el Hijo sin pecado de esta opresión, ya las demás opresiones han sido en germen superadas:

“Vengan a mí todos los que están fatigados y cargados que los aliviaré” (Mt 11, 28).

El hombre, además de su relación con Dios, vive por naturaleza una múltiple relación con los demás hombres.

Nuevo fundamento de la relación mutua es el ser todos Hijos de un mismo Padre (Mt 5, 21-26; 12, 50; 23, 8).

Esta fraternidad no se refiere sólo a los miembros de una nación o de una raza, sino que se extiende a todos los hombres (Lc 8, 21; Mt 5, 47).

La realidad de esta relación debe traducirse en una conducta para con ellos, exige perdonarles, aún cuando se trate de enemigos y sus ofensas sean repetidas (Mt 5, 43-48; Lc 6, 27-36; Mt 6, 14-15; Mc 11, 20-26); respetar la interioridad de sus intenciones sin juzgarlos (Lc 6, 37-42); ayudarles y servirles, sobre todo amarlos, como uno se ama así mismo (Mt 5, 43-48; 7, 12; Lc 6, 43-46).

Este amor a los hombres es tan importante que es el signo visible del amor a Dios, y tan exigente que Él decidirá del destino futuro y definitivo de los hombres.

Ningún hombre puede ya alegar indiferencia por sus hermanos, como lo hiciera Caín (Gn 4, 9), antes al contrario todos son responsables de ellos, deben evitar todo lo que puede hacerles tropezar en su camino hacia Dios (Mc 9, 41-50; Mt 18, 6-9), deben, con sus buenas obras llevarles a dar gloria a Dios (Mt 5, 13-16).

Todos los hombres se unen en una misma familia que tiene por Padre a Dios, familia abierta a todos sin distinción.

La fuerza que los unifica es la del amor, la única que puede romper todas las innumerables barreras que separan a los hombres.

Para Jesús de Nazaret, el hombre es un ser para la vida

“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10), una vida imperecedera y definitiva:

“Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su propio Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3, 16; 3, 15).

“Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17, 3).

El destino del hombre es, según esto, el descanso amoroso en el corazón de Dios.

Signo de este destino humano son las resurrecciones que Jesús realiza durante su vida.

Y garantía última del mismo en su propia resurrección de entre los muertos:

“¿Porqué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5-6).

La afirmación cristiana de la resurrección de los muertos será explicitada por Pablo en estos términos:

“Pues si de Cristo se predica que resucitó de entre los muertos ¿Cómo es que entre nosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos? ... Si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación, vana nuestra fe... Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. Pero no, Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen. Porque como de un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos” ... (1Co 15, 12-22).

No obstante, Jesús de Nazaret lucha contra todos los males que afligen a la humanidad y precisamente porque todos ellos son signo del dominio del pecado en ella y porque la salvación que Él trae, visible y de orden religioso se hace visible y palpable para los hombres en la liberación de esos males que les oprimen:

“Vayan y comuniquen a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados” (Lc 7, 21-22).

“Si expulso a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios a llegado a ustedes” (Lc 11, 20).

Con esto Jesús no suprime el dolor del mundo.

El discípulo de Cristo deberá pasar por múltiples sufrimientos y por la misma muerte.

Pero esos sufrimientos y esa muerte ya tienen un sentido en cuanto afianzan la comunión con Dios, y son condición y paso necesario para el encuentro definitivo con Él.